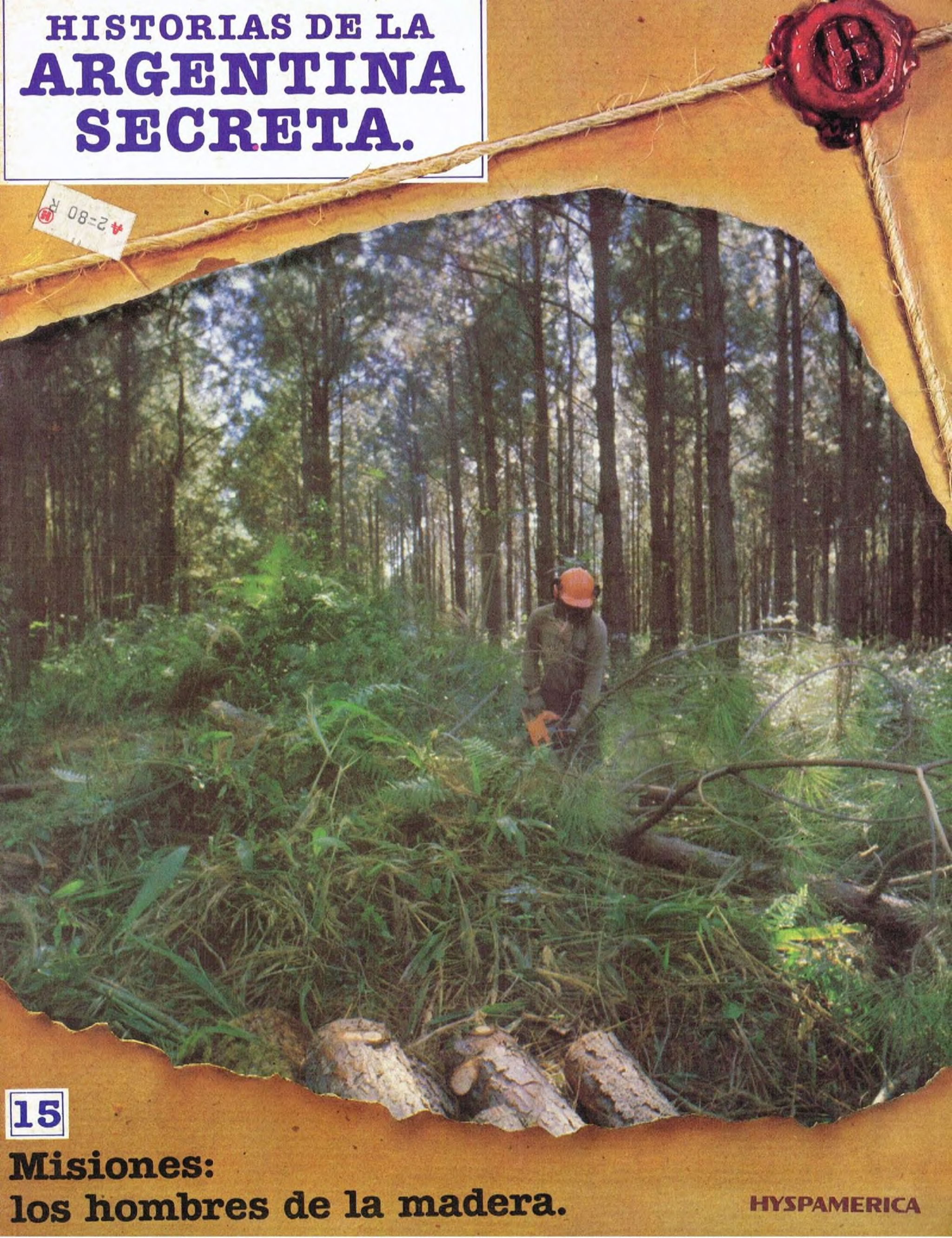


HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
A 2-80 R
15
Misiones:
los hombres de la madera.
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

Estos fascículos reproducen y complementan el contenido del primer programa documental de la televisión nacional, cuyas emisiones semanales llegan en directo, o en diferido, a cientos de canales de todo el país. El ciclo fue galardonado con la Cruz de Plata Esquiú, la estatuilla Santa Clara de Asís, el premio San Gabriel, el diploma de honor del Congreso El Niño y la Televisión, el premio Unidad Nacional, el que otorga la Universidad Nacional de Córdoba ("Unión Nacional"), y los que instituye la Asociación de Ciencias Naturales del Litoral.
El programa, además, representó a la televisión argentina en numerosas muestras internacionales y fue premiado en México y difundido por la televisión alemana, francesa y española.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es el resultado de un trabajo periodístico que sintetiza los hechos desconocidos de nuestro país en relación a pueblos, flora y fauna, paisajes y acontecimientos de repercusión socioeconómica. Incluye reportajes e historias de vida. Esta colección documental abarcará cien fascículos de aparición semanal. Cada veinte fascículos se integrará un tomo, cuyas tapas saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá formar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS,** una colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se publicarán también fotografías satelitarias y mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Este material complementa el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL.** Por razones de ordenamiento cada fascículo anticipará datos y referencias del mapa que se publicará en el siguiente. Las referencias del atlas así como las del mapa de la Argentina que se entregó con el número uno, acompañarán las tapas para encuadernar el atlas. Estas se pondrán a la venta al promediar la colección.



COMO LLEGAR.- Para llegar a los hombres de la madera deberá partir de usted mismo. Vaya a Iguazú (por avión o por ómnibus o por la ruta nacional número 12 en Misiones) y allí internese en las explotaciones madereras. Si su interés es conocer la planta de Alto Paraná S.A. solicite una visita guiada en dicha empresa.

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora de viajes:
Susana Tenreiro.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset

Secretaria:
Analía Gardín

Jefe de diagramación:
Víctor C. Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte, Griselda Iglesias.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Producción gráfica:
Rubén Padín.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4º piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución Capital Federal:

Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior:
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5º piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados:
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5º piso, Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358, 2º piso,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Offset Plus Fotocromos
Comodoro Rivadavia 878, Bernal,
Provincia de Buenos Aires
Tel. 252-8148/8794

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6 (Obra completa)
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

Misiones: los hombres de la madera.



**No son hacheros sino motosierristas.
En los obrajes ya no hay capangas ni se escuchan «zapukays».
El progreso instaló fábricas en la selva e incorporó tecnología.
Pero en los montes subsiste el duro trabajo forestal.**

Dos aspectos del abastecimiento de una fábrica de celulosa: la tala del bosque y el manipuleo de la madera mediante sofisticada maquinaria. Las necesidades de producción obligan a acelerar los ciclos de implante, crecimiento y explotación.

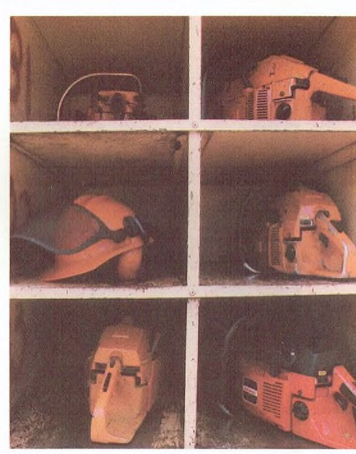


El zumbido penetrante de las motosierras hace tiempo que ha reemplazado el repiquetear acompasado de las hachas o el canto de las chicharras. La actividad febril ha despertado de su siesta eterna a este pedazo de selva. Pablo Antonio Molina no extraña ese tiempo perdido de lentas mateadas en las tardes tórridas. Es uno de los tantos hombres de la madera, una legión de trabajadores que ha reemplazado el ancestral sapukay de sus mayores por el progreso y la seguridad de sus familias.

Los días de Molina parecen calcados de sí mismos. La motosierra, un palpitante serrucho que vibra permanentemente, es su única compañera durante largas, monótonas jornadas de trabajo. El hombre conoce el bosque y sus misterios. Sabe hacer su trabajo y, máquina en mano, en segundos derrumba un árbol que tardó años en crecer. No se asombra cuando la copa toca el suelo, en un susurro que parece –y lo es– un último suspiro. Molina sólo es uno de los miles de motosierristas que trabajan en la pro-



Una planta de celulosa consume diariamente 3.500 toneladas de pinos.



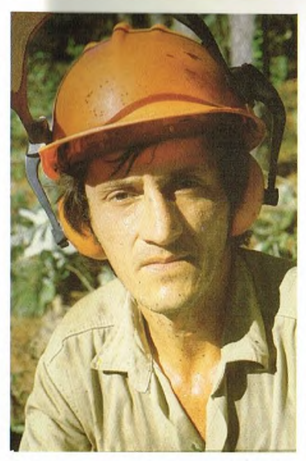
Casi la mitad de la mano de obra provincial se ocupa en la explotación maderera. La actividad inspiró, muchas veces, encendidas polémicas sobre las condiciones de trabajo. Ahora, los ritmos de producción requieren herramientas modernas.

ducción maderera de esta provincia. Esta historia comienza precisamente donde mueren los árboles, donde los troncos avanzan hacia su destino final: una planta de celulosa que consume 3.500 toneladas diarias de pinos. Como un oasis en medio del verde infinito se levantan las instalaciones de la fábrica. Sus chimeneas dejan escapar una humareda que es todo un símbolo del trabajo humano, en una de las zonas del país que más lo necesita. Pero aquí, en las orillas del Alto Paraná y cerca del coloso vecino brasileño, los hombres de la madera no tienen tiempo para pensar en el paisaje, en las potencialidades turísticas de la región o en las rugientes cataratas del Iguazú. Están empeñados en explotar al máximo una riqueza que durante muchos años estuvo a merced de los depredadores del capital nacional, del avance feroz, implacable, del hacha y el capanga, su sombra permanente y deshumanizada.

Ahora la moderna tecnología ha dejado atrás tiempos de zozobra, pesadillas lejanas que hacían del hombre y



El cuarenta por ciento de Misiones está cubierto por riquísimos bosques.



Pablo Antonio Molina se acostumbró al uso del casco y las antiparras, aunque otros compañeros suyos desprecian esas medidas de protección. Algunas empresas forestales se preocupan por brindar seguridad a sus trabajadores y otras siguen trabajando como en los tiempos en que los capangas eran amos y señores del bosque y de los hacheros.



de su esfuerzo cotidiano una moneda sin valor, un bien ausente. Molina lo sabe. Por eso, cada mañana acaricia su motosierra como si se tratara de una llave hacia el futuro.
Esta es una historia de hombres y mujeres de este país. De argentinos templados, silenciosos y parcos de palabras, pero elocuentes en gestos y sacrificios. También se referirá a una riqueza poco conocida y de enorme potencial, llamada a ser con el tiempo uno de los pilares sobre los que se asentará nuestra soberanía en una de las zonas más comprometidas de la geografía argentina.

Una riqueza incalculable.

Las plantaciones de coníferas, junto con las de yerba mate, té y tabaco constituyen las mayores fuentes de mano de obra del norte mesopotámico. El 44 por ciento del territorio misionero es un gran bosque, y la explo-

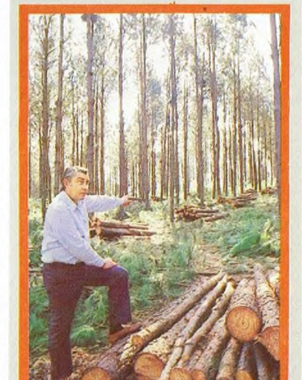
tación maderera ocupa el 47 por ciento de la mano de obra provincial.
Cada hectárea de bosque implantado contabiliza 2.200 pinos. Los raleos o cortes selectivos se realizan a los siete, diez, catorce y dieciocho años.
La mecanización de la explotación acabó para siempre con el mitológico hachero, dueño y señor del monte pero vasallo de verdaderos señores feudales que, a expensas de su ignorancia y necesidad, se apoderaban de todas sus horas, de todos sus días, de todo su esfuerzo. De su vida misma.
Motosierristas, mecánicos, camioneros, tractoristas y decenas de oficios más se dan cita en el bosque cuando éste comienza a ser talado. En precarios campamentos, contratistas nómades fueron ocupando a los primeros hacheros: hombres que adquirieron el oficio por el solo trámite de no tener otros recursos. Ahora el trabajo de motosierrista requiere un curso de entrenamiento en el cual se capacita para sacar el mejor provecho a la máquina y operarla con el máximo de seguridad y efectividad.

La depredación.

Cuando la sierra de Molina penetra en la corteza con la suavidad de un cuchillo en un pan de manteca, está cumpliendo un ritual que lo aleja cada vez más de una época funesta para la riqueza forestal argentina. Porque el estancamiento de la producción, el bajo rendimiento, la depredación sin ton ni son de los recursos naturales, ha sido durante décadas el panorama de la industria maderera en Misiones.
Durante décadas esta situación sirvió para determinar la existencia de amos y señores de la economía regional, sometida a inescrupulosos designios personales. Así fueron desapareciendo riquísimos ejemplares de cedro, lapacho e incienso misionero. Desde Buenos Aires y otros centros

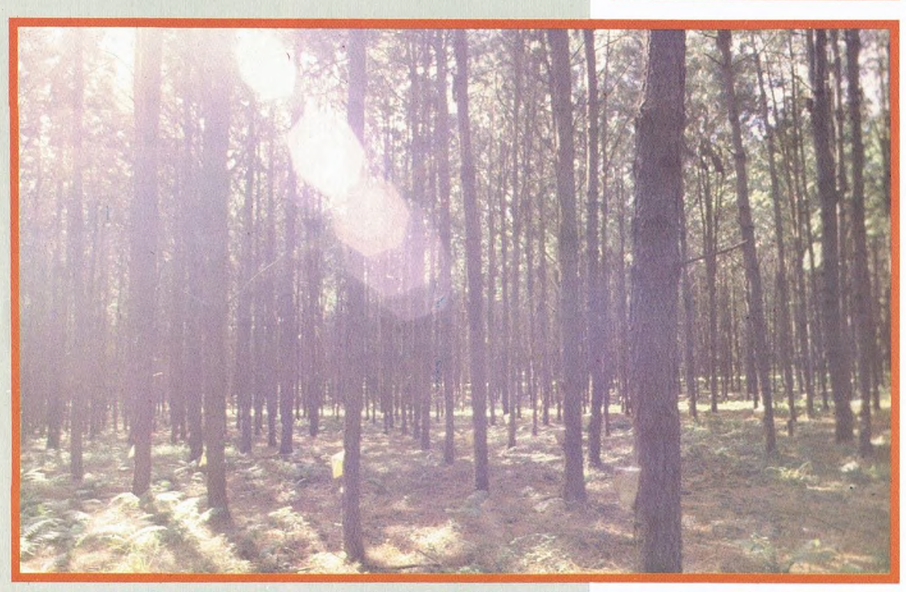
El potencial misionero.

Juan Carlos Kozarik es docente de la Facultad de Ciencias Forestales de Eldorado. Este es su testimonio:
«La provincia de Misiones debe contar actualmente con aproximadamente unas 200.000 hectáreas de plantaciones forestales, con especies importantes como pinos, eucaliptus, paraísos, etc. Dentro del conjunto de las plantaciones forestales que hacen a la superficie total del país, esta provincia es una de las más importantes. Por la superficies implantada, y también por el volumen, por el crecimiento de las maderas que existen en esta zona subtropical. Las especies que más se utilizan son el pino Ellioti y el pino Taeda, como consecuencia de la gran necesidad de abastecimiento a las industrias celulósicas papeleras que se han instalado desde hace varias décadas atrás. Así contamos con tres complejos industriales importantes en marcha: Papel Misionero, Celulosa Argentina y Alto Paraná, distribuidos a lo largo de la costa del río Paraná».
Aún ahora continúan las polémicas en torno a la explotación maderera. Una riqueza que, según muchos, muy pronto perecerá. Quizá por ello convenga hacer el inventario de este potencial.



La explotación irracional.

Entre 1915 y 1978 se deforestaron 60 millones de hectáreas.



Según relata el ingeniero Rosario Julio Leonardis, presidente de la Comisión Nacional de Bosques, *«en el pasado, la riqueza forestal argentina nativa era fundamentalmente el quebracho colorado. De él se obtiene el tanino. Durante muchísimos años fuimos prácticamente los únicos productores de esa importante materia prima que se utiliza en todas partes del mundo. Pero lamentablemente, el bosque fue esquilmado, destruido totalmente. Porque se hizo una explotación irracional, por parte de una tristemente célebre empresa llamada La Forestal Argentina, de origen inglés. Esta empresa extrajo todos los árboles que había. Pero jamás se preocupó por dejar el nacimiento y desarrollo de nuevas plantitas que podían crear el futuro; es decir, la producción permanente de esos bosques. Esos bosques dejaron entonces de producir quebracho. Aunque todavía queda una fábrica en Formosa que trabaja con esta especie. Pero su destrucción sistemática, eliminó ese potencial del país.*

Lamentablemente, en la Argentina no solamente el bosque fue destruido en la zona chaqueña. También en la provincia de Misiones, que era una selva hidrófila. Una de las más importantes que teníamos en el país. De las más ricas en especies madereras, donde existían en gran cantidad ejemplares de loro negro, o sea el peteribí; de cedro, el famoso árbol con que hemos producido durante años todas las aberturas y lanchas. Esta selva fue también prácticamente esquilmada. Encontrar hoy día un cedro en esa selva es tan difícil como encontrar una pepita de oro en una playa de arena.

El exterminio de todos estos bosques ha sido porque no existió nunca una política forestal».

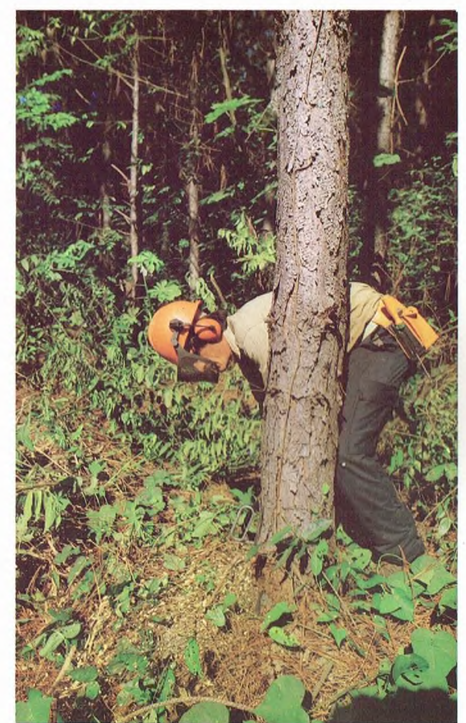
Así fueron –y son– las cosas.

de comercialización se fijaban precios que no contemplaban ni el esfuerzo, ni la inversión, ni el presente de la economía de la provincia.

La falta de industrias de transformación hizo de la madera un recurso menor, a punto tal que ocupa aún en la actualidad un bajo porcentaje del producto bruto nacional.

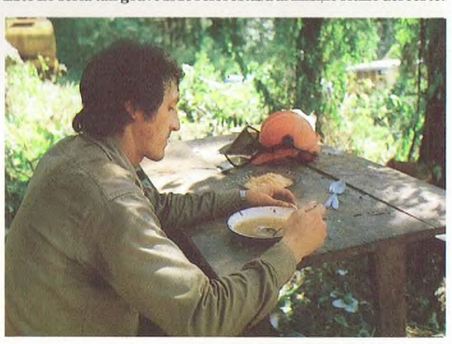
A esta situación se debe sumar el hecho de que había que importar toda la pasta de celulosa de fibra larga que se consumía en el país. Según estadísticas de la Secretaría de Agricultura y Ganadería de la Nación, entre 1915 y 1978 se deforestaron en el país 60 millones de hectáreas. Una superficie equivalente a los territorios sumados de las repúblicas de Uruguay y Paraguay. Cada día se pierde, en el planeta Tierra, una superficie igual a la de los bosques existentes en el Parque Nacional Iguazú.

La única solución para poner fin a esta hecatombe ecológica mundial es transformar a los hacheros motosierristas y explotadores de bosques en





Por razones de producción o por necesidades financieras, los bosques artificiales suelen talarse al poco tiempo de su implante. Esto no sería tan grave si se reforestara al mismo ritmo del corte.



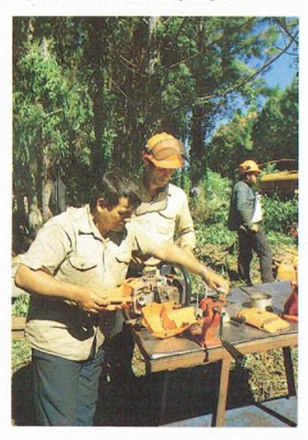
Pese a los cambios y al equipamiento técnico , la vida en un campamento forestal es por demás dura, trabajosa y monótona.

una suerte de agricultores de árboles. De esto se trata. De ver cómo Pablo Antonio Molina y sus compañeros de trabajo dominan el bosque pero sin someterlo al arbitrario designio del hombre; al toma y daca de unos pesos. Porque aquí, en Misiones, estamos asistiendo al milagro de una actividad que transforma al árbol en celulosa, de la misma manera que en la tahona se hace pan del trigo.

Y no se trata de un juego de palabras: segar la mies o talar los árboles será, con el cambio de mentalidad que se avecina, el mismo acto. Un acto constructivo, alejado de recuerdos de capangas, pagadores de manos cerradas. Plantar un árbol... talar un árbol. Dos figuras de un mismo ciclo agrícola que marcará el tiempo de siembras y cosechas para revertir un proceso de deterioro que exterminó riquísimos bosques naturales; que en la provincia de Misiones, por ejemplo, derrumbó dos terceras partes de su territorio. Un territorio que la sabia naturaleza nos legó y los argentinos tenemos el deber de reforestar. Si no, el desastre ecológico será inevitable.

Los sueños de Molina.

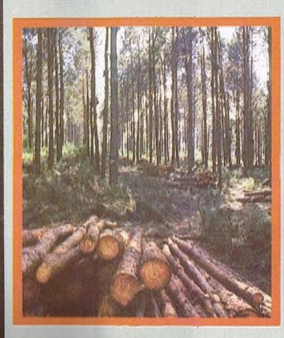
Es la hora del almuerzo. El sol cae a plomo, y Pablo Antonio Molina se refugia bajo un alero de lona y también en sus propios pensamientos. Como heredero del trabajo del hachero aprendió a valorar el silencio. Quizá acepte que le duele estar tanto tiempo alejado de sus hijos o que su trabajo lo obligue, a veces, a quedarse una semana entera en los campos de tala. Pero nunca se le escuchará una queja. Como hombre de frontera, sus pensamientos serán elaborados en portugués, en guaraní y en español, mezcla de idiomas en los cuales se expresa cuando abandona el juego de monosílabos que le sirven de comunicación. Economía de palabras que, sin embargo, no significa reserva a la hora de prodigar solidaridad, callada camaradería, amor a los suyos y a la tierra, a pesar de mundanas precariedades.





¿Cuánta madera hay en esta página?

Indiferentes a los problemas de la industria maderera y a las ecológicas, los argentinos consumimos cada día más pasta de celulosa. Esa importante materia prima, se sabe, no solamente sostiene la industria periodística y editorial sino que alimenta los insumos de las manufacturas plásticas e interviene en innumerables procesos industriales. Las estadísticas señalan que la deforestación en Argentina es incesante y no tan sólo para alimentar las necesidades de la fabricación de papel. La moda de los muebles de algarrobo, por ejemplo, debiera tener como correlato una política de protección a los ejemplares que crecieron en la Mesopotamia durante cuatro o cinco siglos. Y ni qué hablar de la tala salvaje del monte de quebracho que cubría el norte santafesino y que fue podado por las fábricas británicas de tanino. Una planta de celulosa consume a diario 3.500 toneladas de pinos. Y cada hectárea de bosque implantado contabiliza unos 2.000 ejemplares. Si se tiene en cuenta que los raleos y las talas se realizan a los siete, diez, catorce y dieciocho años de sembrado el pino, se advertirá fácilmente la necesidad de expandir la conciencia maderera de los inversionistas argentinos. Claro: en un país donde resulta más fácil –y rentable– apostar al dólar que plantar árboles, el futuro maderero seguirá siendo como el presente: difícil e incierto.

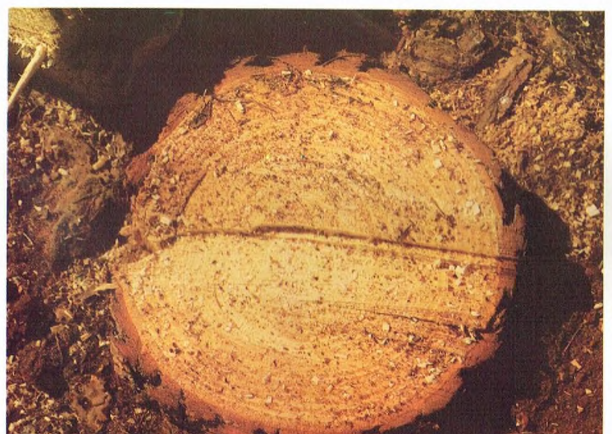


Despertar la conciencia maderera: tal el desafío que alguien –Estado, maestros o productores– deberá emprender en el país.





Durante años creímos que la riqueza forestal era ajena. Así, se nos fueron al exterior millones de dólares. Al mismo tiempo desprotegíamos los bosques, tan valiosos como cualquier otro recurso natural renovable a largo plazo y altos costos.



Luego de comer un frugal alimento, generalmente en base a frijoles, Molina volverá a su trabajo hasta las cinco de la tarde, en el bosque, siempre acompañado de su motosierra.
Preparará su comida y a la noche, cuando se cubra de sombras el monte, reposará en un bien ganado descanso, siempre pensando en sus hijos, en su mujer y en las cotidianas experiencias de su trabajo. Esforzado, pero al menos proveedor de un futuro seguro, y ajeno a los avatares de la desocupación y el hambre.

Una fábrica de futuro.

A pesar de que en el monte los bueyes y las tradicionales catangas siguen constituyendo un recurso imprescindible, sobre todo cuando hay que transportar la madera en terreno fangoso, sorprende lo moderno de las maquinarias y elementos tecnológicos utilizados. Estas plantas de celulosa son el orgullo industrial del nordeste argentino.
Mientras los motosierristas trabajan

sin cesar, los camiones cargados de troncos circulan incesantemente por los caminos y atajos. Los tractores arrastran grúas que, como gigantescas garras humanas, son capaces de tomar entre sus garfios de acero casi la carga total de madera dispuesta sobre un acoplado, para llevarla hacia su destino final en las modernas instalaciones de la planta.

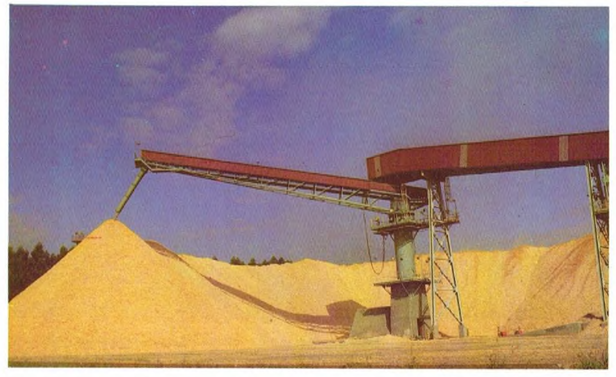
Todos los días entran a esta enorme factoría 3.500 toneladas de madera. Más de seiscientos camiones llegan desde toda la provincia de Misiones con su preciada carga: materia prima para una industria única en el país. La empresa da trabajo a más de 2.500 familias y, por su tecnología, se ha convertido en el tercer complejo celulósico y forestal del mundo.

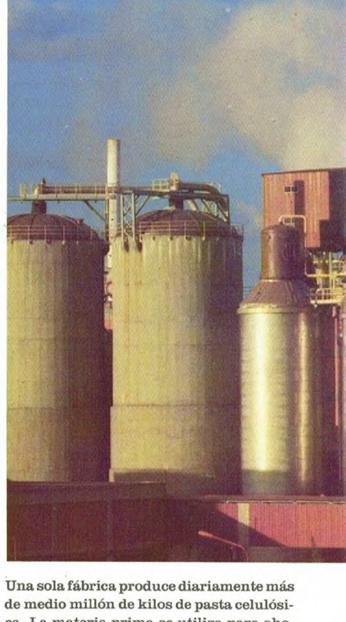
En 75 hectáreas y casi 44.000 metros cuadrados cubiertos, se producen 520.000 kilos diarios de pasta celulósica, materia prima indispensable para la fabricación de papel prensa. Los equipos de producción son generalmente de origen escandinavo y canadiense, regiones madereras por ex-

Todo señala que el futuro pasa por hacer de los hacheros «agricultores de árboles». Para ello será necesario no sólo cambiar de hábitos productivos sino crear una nueva conciencia forestal. Desde el aula deberán formarse más ingenieros y especialistas









Una sola fábrica produce diariamente más de medio millón de kilos de pasta celulósica. La materia prima se utiliza para ahorrar divisas en la importación de papel de diario. Pero, además, la industria provocó un importante impacto socioeconómico

celencia. Los hay también de fabricación alemana, soviética y china.

Los troncos llegan cortados a una medida que permite su operabilidad. En la planta serán descortezados y reducidos a simples astillas. En un gigantesco digestor el agua, el calor y la presión separarán las fibras de madera y la convertirán en pasta celulósica. Esa pasta será sometida a un proceso de sucesivos lavados y blanqueados. Finalmente será convertida en hojas y sometida a un proceso de secado. Por último, convenientemente embalada, la celulosa se transportará a las fábricas de papel.

Para satisfacer el enorme consumo de agua que requiere todo este proceso, se debió instalar una toma y una planta potabilizadora de agua en las riberas del río Paraná. Su capacidad de trabajo permitiría abastecer las necesidades de agua de un millón de personas. Un sistema de tratamiento de efluentes líquidos y gaseosos permite purificarlos con el fin de salvaguardar el equilibrio ambiental.

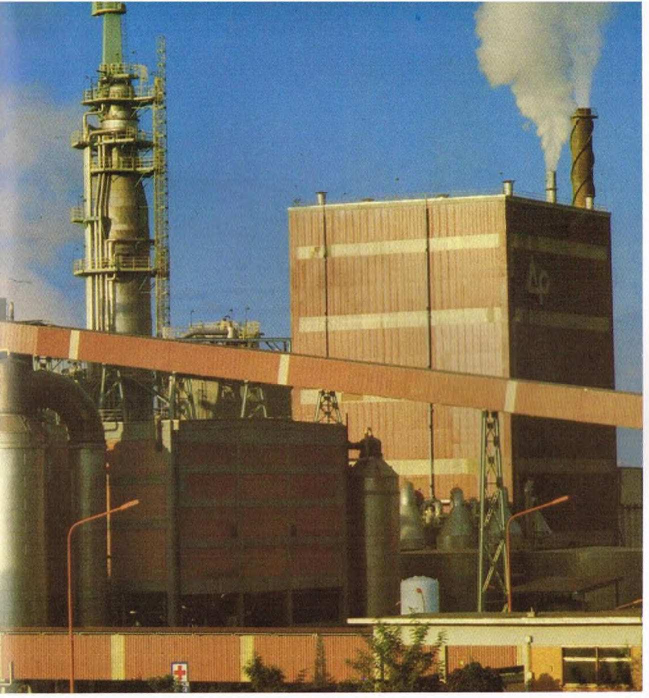
Los días de doña Dominga.

Doña Dominga González es viuda y tiene doce hijos que mantener.

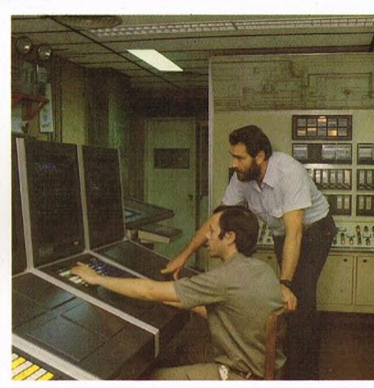
Esa responsabilidad tensa cada mañana su cuerpo fibroso; le otorga la energía necesaria para agacharse nuevamente sobre las hileras donde todos los días nace la vida.

Como en una metáfora casi perfecta, esas miles de vidas vegetales, incipientes embriones de lo que será con el tiempo madera y bosque colosal, son las mismas que permiten la supervivencia y el desarrollo de otras vidas: las de los hijos de doña Dominga. Porque ella trabaja en el vivero. Un enorme predio rodeado por la pared del bosque, donde se producen 13 millones de pinos por año, en un renovado proceso de germinación y cuidados intensivos.





Las fábricas impiden el drenaje de divisas para importar papel de diario.



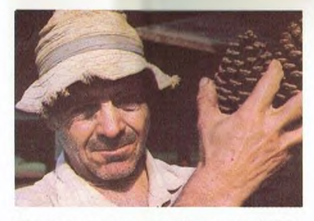
Modernos tableros de control de una planta que convierte árboles recién talados en valiosa pasta celulósica. Más de 2.000 familias viven a expensas de esta actividad. La tecnología importada no requiere mano de obra extranjera.

Dominga González:

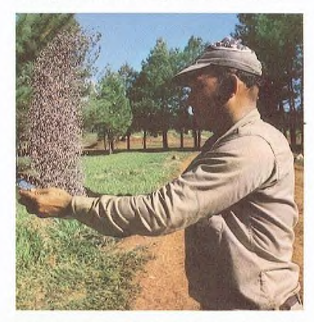
Dar vida para mantener la de los hijos.

"Yo soy viuda. Me quedé con mis doce hijos huérfanos. Entonces me mantengo y mantengo a mis hijos trabajando, para poder criar a mi familia. Ahora tengo cuatro hijos que van a la escuela... y me tengo que levantar temprano para prepararles el desayuno. Y al mediodía les preparan las hermanas para que puedan comer. Entonces yo me vengo al trabajo todo el día. A la tarde, con el colectivo de las cinco, ellos vuelven a casa, y ahí me quedo con mi familia toda la tarde. Y al día siguiente lo sigo así...igual. Aquí hago distintos trabajos. Sembramos semillas, limpiamos, preparamos el cantero. Partimos y macheteamos. Limpiamos canteros así... con la azada, y con palas. Y así todos los trabajos. Yo estoy muy contenta con mi laburo».

Las fábricas no atentaron contra la mano de obra misionera.



El cultivo de pinos constituye una «industria» tan importante como la fabricación de celulosa. La actividad requiere numerosos cuidados y emplea mucha mano de obra artesanal. El ritmo de consumo exige que se aumente la superficie destinada a implantar bosques artificiales. Este es el único método para preservar de la tala salvaje a nuestros riquísimos bosques



Ante la mirada de doña Dominga cada semilla estallará en verdes. Y bajo el sol misionero, trepará hacia lo alto hasta convertirse en airosa conífera a una velocidad de crecimiento cuatro veces más rápida que en los grandes países papeleros del hemisferio norte, como Canadá, Suecia o Finlandia.

En este lugar crecen junto a los árboles hombres y mujeres que, como doña Dominga González, hacen con su esfuerzo el presente promisorio de la provincia a la vez que consolidan sus posibilidades de vida.

En el vivero, a partir de semillas especialmente tratadas, se «fabrican» los árboles que dentro de una década o más serán talados. Simientes que nacen y que se convertirán a través de complejos procesos en el papel de un diario que manos nerviosas aprisionarán en el vagón de un subterráneo o en el living de un cómodo departamento en la ciudad.

Lugares que esta mujer de rostro cetrino, que habla un castellano con acento guaraní, no conoce ni probablemente verá jamás en su vida.

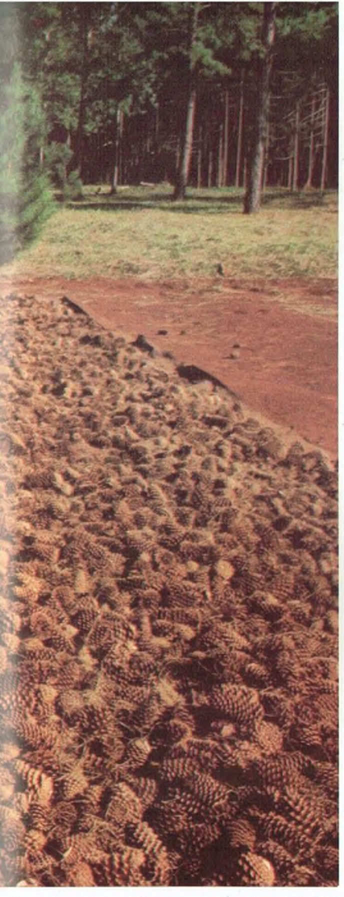
Resulta sorprendente pensar que este trabajo rendirá sus frutos dentro de diez o quince años. Que estas plantas, este esfuerzo, los capitales que se invierten hoy, recién podrán aprovecharse a fines de siglo o quizás en el año 2000. Pero a doña Dominga eso no le interesa. Ella sabe, en todo caso, que su trabajo cotidiano significa nada más ni nada menos que el pan diario de sus doce hijos.

Para llegar a comprender la importancia de plantas de este tipo así como la necesidad que tiene la Argentina de una conciencia forestal y fabril, basta recordar que hasta no hace muchos años el país importaba todo el papel de diario que consumía. La instalación primero de fábricas de papel y de pasta celulósica después, revirtió esa situación de dependencia.

En el presente ya se exportan bobinas de papel prensa a exigentes mercados europeos y asiáticos.

Aquellos tiempos del mensú.

Pero éste no es un tema particularmente argentino. La silvicultura está día a día adquiriendo mayor desarrollo en todo el mundo. Incorpora nuevos matices y flamantes tecnologías que nuestro país no deberá desaprovechar. La actividad nació en Alemania durante el siglo XIV, cuando se





sembraron tierras que habían sufrido la acción del fuego. Recién en el siglo XIX se dan los primeros éxitos en el desarrollo de las forestaciones.

En Estados Unidos hubo que esperar hasta este siglo para contabilizar los primeros réditos en plantaciones de pinos con técnicas de cultivos y manejo de suelos. En la provincia de Misiones las primeras siembras de pinos se realizaron en 1947.

Podría decirse que esta joven actividad, que este gesto esperanzado que se realiza con las manos, como la mayoría de las cosas buenas, señala un tiempo nuevo para los argentinos, un tiempo alejado de aquellos obrajes que con descarnada maestría describiera el doctor Oreste Di Lullo, en su libro *El bosque sin leyenda,* crónica de la vida maderera de Misiones.

Los hombres de la madera deben coexistir con formas de trabajo atrasadas e industrialización de avanzada. La transición es dura y dolorosa.



Al definir al obraje como una suerte de *far west* argentino, este autor decía que la vida en ellos era «dura e inclemente». Paradójicamente no hacía falta mucho capital para iniciar una explotación. Apenas algunas herramientas primarias. Una sierra en caso de que la madera extraída necesitara algún proceso de tecnificación. Con unos pesos se buscaba primero el contratista, verdadero cazador de hombres, quien con el incentivo de buenos jornales y un adelanto en efectivo conseguía el personal necesario para trabajar en el monte. Llegaban entonces los peones y los hacheros, algunos con sus familias. Y alrededor de una casa de material que hacía las veces de administración y proveeduría, levantaban sus misérrimos ranchos a la entrada del bosque, o próximos a la estación de ferrocarril que estuviera más cerca.

Allí el trabajo era libre y sin horarios pero la necesidad llevaba a trabajar de sol a sol para formar la pila de leños que aseguraran el jornal diario.

Más adelante, el obrero volvía al rancho para una frugal cena, o enfilaba al boliche de la proveeduría, si tenía algunas monedas, para tomarse unos tragos de vino tinto, junto a sus compañeros de labor.

Las características salvajes del trabajo en aquellos tiempos eran similares en todas las provincias madereras del norte argentino. Refiere Di Lullo que hacia 1910 corrían largos convoyes cargados de cerveza para la peonada, porque el agua era más cara y había que apagar la sed. Se cobraba un impuesto a la batea para que nadie la gastara en lavar sus ropas. Y cada disputa «terminaba cancelada de un tiro de revólver, o una certera cuchillada». Hechos evocados después en historias de crímenes, penurias y miserias que nutrían el exterminio del hombre y el bosque.

Aquellos hombres enjutos, enflaquecidos, desnutridos por la mala alimentación y los calores, debilitados por las picaduras de las alimañas del monte, desarraigados de sus pueblos natales por el espejismo de un jornal a menudo inexistente, han pasado, por suerte, a ser un mal sueño del pasado. Una pesadilla que los trabajadores de hoy, como Pablo Antonio Molina, se encargan de aventar día a día, incorporados a una forma productiva racional y cada vez más humanizada. Una forma de vida, sin embargo, que deberá mejorar mucho más aún para bien de los muchos Molina que habitan la tierra misionera, que todavía no han tenido la oportunidad de obtener su derecho al trabajo y a una digna supervivencia.

SANTIAGO DEL ESTERO: la calidad de vida.

La familia: el núcleo familiar está compuesto por cinco personas.



La vivienda: hay 76.823 casas independientes y departamentos; 200 piezas de inquilinato; 5.741 casas precarias y 39.387 ranchos. La población urbana es del 51,70 por ciento y la población rural del 48,30 por ciento.

Las escuelas: los establecimientos educativos son 1.508 y el número de alumnos es de 179.280.

Analfabetismo: 19,41 por ciento de la población mayor de dieciocho años.

Los médicos: hay 384 hospitales con 2.238 camas atendidos por 828 médicos.

Medios de comunicación



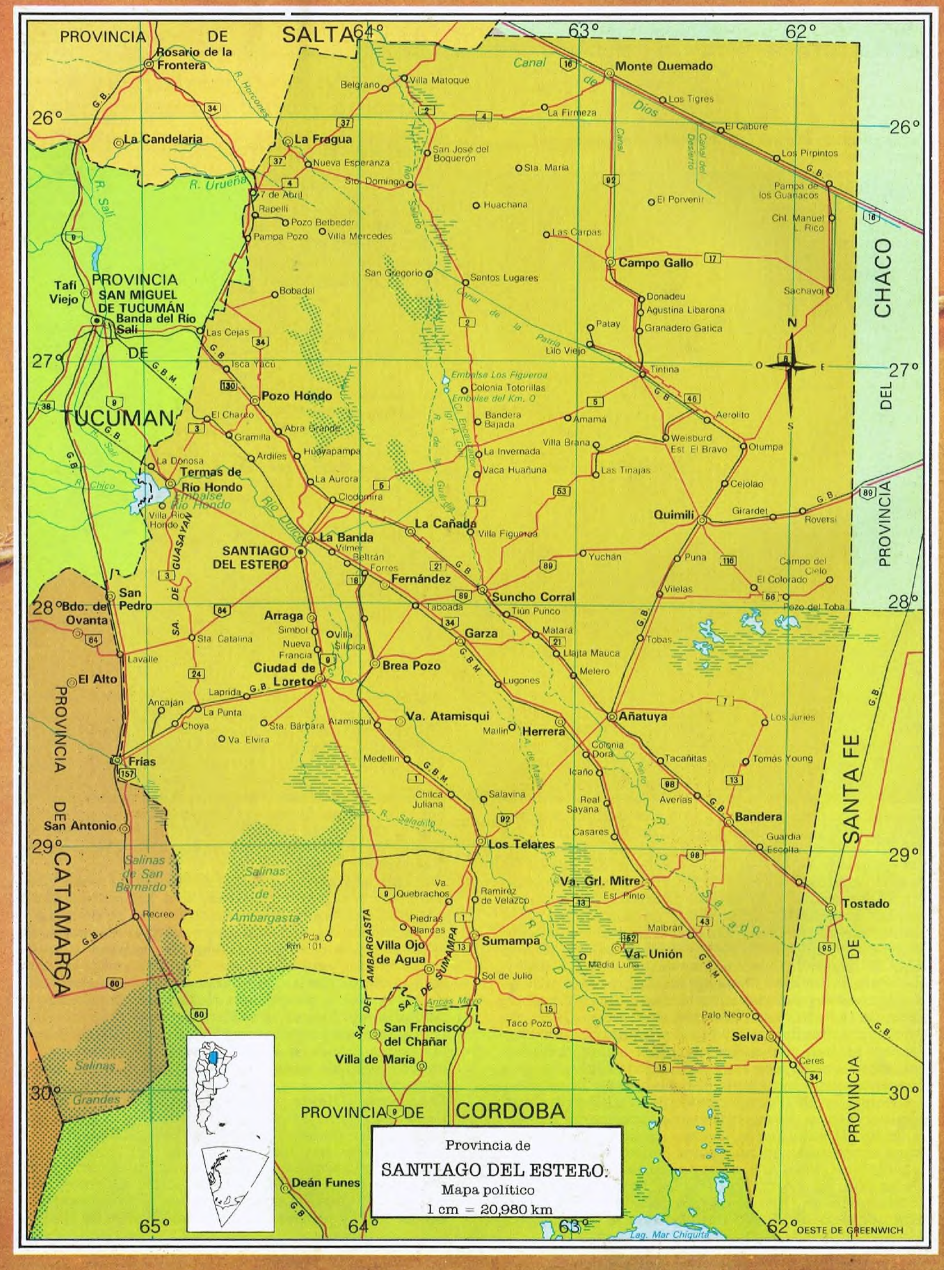
Radios: Nacional Santiago del Estero y Emisora Santiago del Estero.
Televisión: Canal 7 y dos repetidoras.
Diarios: El Liberal, sábana, matutino.

Caminos y vehículos.

Red caminera: 6.883 kilómetros.
Vehículos: 28.099 automotores, 16.794 son automóviles y 10.895 de carga (1984)
Número de habitantes por automotor: 21.

El valle del río Dulce en su dimensión planetaria. UN PAISAJE ENTRE ESTEROS Y CIUDADES.

Considerada madre de ciudades, Santiago del Estero fue la primera que se fundó en el Virreinato del Río de la Plata. Por su posición mediterránea fue una provincia clave como cordón de tránsito entre el Alto Perú y la ciudad de los Buenos Aires. Mucho antes de la llegada de los españoles, las costas ribereñas del río Dulce permitieron el asentamiento de poblaciones indígenas que dieron origen a una rica cultura. La historia económica y demográfica de la provincia ha estado condicionada desde ese entonces por las fuerzas naturales de los ríos Dulce y Salado. El período de mayor pujanza que vivió la provincia fue provocado por el ferrocarril y la actividad forestal. Penetraron incluso en aquellos sitios donde no había agua, crecieron nuevos pueblos y floreció el comercio. Cuando se agotó la explotación de los quebrachales y el tren dejó de llegar, las poblaciones comenzaron a decrecer. Para evitar esta situación las autoridades provinciales construyeron sistemas de canales como el de Dios, de la Patria, del Desierto, de Campo Gallo, de Añatuya a Bandera y otros. Sin embargo, estos esfuerzos no han sido suficientes para atraer pobladores. Nuevamente, son las aguas del río Dulce las que atraen núcleos humanos. Especialmente la capital, La Banda, y Río Hondo concentran un tercio de la población total. El enorme espejo lacustre del embalse de Río Hondo que se observa en la foto satelitaria se ha constituído en un centro turístico importante. Los matices grises que acompañan las riberas del río Dulce son las tierras cultivables acompañadas por centros urbanos. Recién en esta década de la agricultura adquirió un nuevo impulso que se puede apreciar en las manchas grisáceas hacia el sureste donde se implementaron modernas técnicas de riego. A partir del embalse las poblaciones parecen una ramificación que se extiende desde Tucumán. Pero la agricultura está orientada a otros cultivos: alfalfa, hortalizas, algodón, maíz, trigo, frutales y viña. Por su parte, la ganadería sólo alcanza para abastecer el consumo local. Un último factor de desarrollo se ha percibido con la fábrica de cemento de Frías, las canteras de Guasayán y Choya, y las explotaciones mineras de Sumampa y Ambargasta.
Durante centurias, el valle del río Dulce se ha visto sometido a las aguas mansas o a las inundaciones perjudiciales, los hombres de esta tierra se adaptan a los caprichos del río. Insisten en cultivar el suelo en la misma región que, probablemente, volverá a inundarse al año siguiente. La explicación reside en que son precisamente las inundaciones las que dan feracidad a la tierra, renovando el material fertilizante y posibilitando los cultivos. Para la gente del valle hay un peligro mayor: disminución del caudal debido a las pocas lluvias, a la ausencia de afluentes y a la construcción de canales para derivar el agua hacia otros cultivos.
Dos datos: el límite provincial entre Tucumán y Santiago del Estero cruza por el centro de las aguas del lago, y para poder comparar las zonas áridas con las más pródigas hay que aclarar una vez más que los sectores rojizos que circundan al río Dulce corresponden a las zonas con mayor vegetación. La fotografía fue tomada desde el satélite Landsat el 24 de septiembre de 1980 y procesada el 6 de noviembre de 1981.



Provincia de
SANTIAGO DEL ESTERO.
Mapa político
1 cm = 20,980 km